

Acoso

#MeToo en la ciencia española

Ángela Bernardo Álvarez

N E X T —
D O O R . . .
P U B L I S H E R S

© De la Autora:
Ángela Bernardo Álvarez

© Next Door Publishers
Primera edición: octubre 2021

ISBN: 978-84-123555-4-3
DEPÓSITO LEGAL: DL NA 1646-2021

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Next Door Publishers S.L.
c/ Emilio Arrieta, 5, entlo. dcha., 31002 Pamplona
Tel: 948 206 200
E-mail: info@nextdooreditores.com
www.nextdoorpublishers.com

Impreso por Gráficas Rey
Impreso en España

Diseño de colección: Ex. Estudi
Autora del sciku: Laura Morrón
Dirección de la colección: Laura Morrón
Editora: Laura Morrón
Corrección y composición: NEMO Edición y Comunicación

El Café Cajal

*«We never know how high we are
till we are called to rise».*

Emily Dickinson

Índice

Prólogo

13

Capítulo 1. Solo pude pensar: «Yo también» 17

Capítulo 2. La sirena empezó a sonar
25

Capítulo 3. El lado oscuro de la ciencia 61

Capítulo 4. La bomba quebró el silencio 87

Capítulo 5. Una cuestión de poder 113

Capítulo 6. Lluvia torrencial 141

Capítulo 7. Romper la ley del silencio
169

**Entrevistas y comunicaciones
personales** 203

**Referencias bibliográficas y recursos
*online*** 207

**Referencias jurisprudenciales y
legislativas** 243

Agra-
deci-
mien-
tos

247

Prólogo

En octubre de 2017, Rebecca Corbett, editora en *The New York Times*, se quedaba hasta el alba en la redacción revisando antes de su publicación los artículos de Jodi Kantor y Megan Twohey sobre las múltiples acusaciones de violación, acoso y abusos sexuales contra Harvey Weinstein. Corbett define su papel como el de «una animadora, una estratega, una escéptica, una red de seguridad».

Aquellos días, antes de publicar los artículos, significaban la culminación de un largo proceso de entrevistas, búsqueda de documentos legales, viajes y comprobación de mapas y viejas fotografías, y llamadas a la puerta para convencer a alguien de que hablara en el umbral de su casa, al igual que se había hecho en la investigación del escándalo Watergate más de cuatro décadas antes.

En contra de lo que a menudo sucede en los periódicos, el desencañenante no fue una filtración ni un soplo.

«La historia de Weinstein no empezó con una pista. Empezó con una pregunta», contó Corbett en una conferencia magistral que dio en el Instituto Reuters de Periodismo de la Universidad de Oxford, ante un auditorio repleto de periodistas europeos el 2 de marzo de 2020, en uno de los últimos momentos de normalidad en Europa antes del estallido de la pandemia.

Unos meses antes, el *Times* había desvelado los acuerdos extrajudiciales para tapar denuncias de acoso sexual contra un popular presentador de Fox News: Bill O'Reilly. La victoria de Donald Trump, orgulloso de su desprecio por las mujeres a su alrededor y acusado a

lo largo de décadas de acoso sexual, había despertado una inquietud y un interés especiales por el asunto.

La pregunta que se formularon en la redacción del *Times* fue: «¿Hay otros hombres, en otros sectores, con historias secretas similares de supuesto acoso?». Mencionaron Silicon Valley, Wall Street o el sector de la hostelería. Hollywood era un lugar evidente para investigar. Había nombres que flotaban desde hacía años y el cine reunía las características habitualmente aparejadas al acoso: cadenas de poder donde una persona podía determinar la carrera de muchas otras en un ambiente donde se movía mucho dinero. Luego, como contaba Corbett, vinieron las siguientes preguntas: «¿Verdaderamente hay algo ahí? Y, si lo hay, ¿es de interés público?».

El caso de Weinstein fue el que desencadenó en todo el mundo el impacto del movimiento #MeToo, una etiqueta que ya existía, pero que hasta entonces no había adquirido tanta repercusión. Pero para el *Times* significó solo una parte de sus extensas investigaciones en múltiples sectores. El retrato que quedó de esas investigaciones fue el de un problema sistémico más allá de las anécdotas de unos hombres concretos que, en algunos casos, han rendido cuentas en los tribunales (Weinstein fue condenado a veintitrés años de cárcel unos días después de la charla de Corbett). A menudo se trata de un abuso de poder facilitado por un ambiente permisivo con la discriminación o las pequeñas humillaciones cotidianas.

Los patrones se repiten en todo el mundo y en sectores de todo tipo, también en la ciencia, como explica Ángela en este libro pionero en España. Como buena reportera, descubre episodios particulares de abuso y acoso en laboratorios y centros de investigación con muchos detalles. Pero, más allá de las anécdotas, también refleja qué se oculta tras esas situaciones que no son aisladas. El libro es pionero por enfocarse en la ciencia, pero también porque la investigación de los abusos en el trabajo sigue siendo tabú en España.

A menudo, resulta difícil que las personas que han sufrido acoso hablen de lo que han sufrido, y más cuando para ello deben dar su propio nombre. Las pocas que se atreven siguen encontrando escaso apoyo de colegas e instituciones con protocolos poco claros y con prisa por dar carpetazo a denuncias incómodas. Y si muchos medios han mostrado poco interés en dedicarles el tiempo necesario a estas investigaciones realizadas, ha sido de manera excepcional y con limitada repercusión.

En aquella conferencia que dio Corbett en la Universidad de Oxford, un grupo de periodistas europeos conversaron con ella en un panel tras su discurso y respondieron a preguntas de la audiencia. Yo les pregunté por qué creían que los medios europeos no habían sido capaces de publicar grandes investigaciones parecidas a las tantas desveladas con cuidado por el *Times*, *The New Yorker* o el *Washington Post*. Ni siquiera cuando afectaban a sus grandes personajes. Por qué las acusaciones de acoso sexual contra Plácido Domingo las había desvelado y las había seguido la agencia estadounidense AP y no un gran periódico español con recursos. Javier Moreno, entonces director de *El País América*, se encontraba en el panel. No hubo ninguna respuesta clara más allá de que, en efecto, los medios europeos no habían seguido la estela de los estadounidenses.

Por eso las excepciones resultan especialmente valiosas. Como este trabajo concienzudo de Ángela, que desvela casos, pero también intenta explicar el contexto nacional e internacional para entender este momento tal vez de cambio en la sociedad. Tiene especial mérito en un país que premia poco el trabajo del periodismo entregado, con estándares altos y lejos del titular fácil o la opinión altisonante.

Kantor y Twohey disponían del apoyo de un gran periódico con un millar de periodistas y las cuentas saneadas, una opinión pública receptiva y un país donde los premios al mérito son casi inmediatos. Su libro *She Said*, publicado por una de las mayores editoriales del mundo, se encuentra ya en proceso de convertirse en película.

En España, *She Said* lo ha publicado una editorial independiente especializada, como este libro de Ángela.

El camino por desvelar la verdad se hace más cuesta arriba en España. Pero tenemos suerte de contar con reporteras como Ángela para recorrerlo.

Oxford, julio de 2021

María Ramírez

Periodista y subdirectora de *elDiario.es*

Capítulo 1

Solo pude pensar: «Yo también»

Hay una fecha grabada en la memoria de millones de personas de todo el mundo: el 16 de julio de 1969. Aquel día, un gigantesco cohete de once metros de altura hizo tambalear el suelo de Cabo Cañaveral y decenas de kilómetros a la redonda. Mientras la misión del Apolo 11 alzaba el vuelo con destino la Luna, el equipo de ingeniería del Centro Marshall de la NASA no perdía ningún detalle de la retransmisión. Después de todo, llevaban años preparando el lanzamiento desde la ciudad de Huntsville, al norte de Alabama.

El éxito en la construcción del cohete resultaba fundamental para asegurar la llegada del ser humano a la Luna. Así ocurrió el 20 de julio de 1969, solo cuatro días después del lanzamiento, una vez que el módulo Eagle consiguió posarse en la superficie del satélite natural de la Tierra. Gracias al Saturno V, el nombre con el que se bautizó el cohete creado en Alabama, la humanidad pudo dar un gran paso adelante en la conquista del espacio. Pero esta proeza de la ingeniería no fue lo único, nacido al sur de Estados Unidos, que cambió para siempre nuestra historia.

Dos décadas antes, una mujer afroamericana de cuarenta y dos años llamada Rosa Parks regresaba a su hogar tras un largo día de trabajo. Era el 1 de diciembre de 1955 y, contraviniendo una injusta ley de segregación racial, Parks se había negado a ceder su asiento en el autobús a un hombre blanco. Como resultado, fue detenida y condenada por incumplir las leyes del estado. Aquel día se produjo un terremoto (social) con epicentro en Montgomery, la capital de Ala-

bama. La sacudida hizo temblar los cimientos políticos de Estados Unidos y sus ondas expansivas pronto se extendieron por todo el país.

El boicot de Montgomery iniciado por Rosa Parks precedió una decisión judicial histórica: que el Tribunal Supremo de Estados Unidos prohibiera la medida discriminatoria en el transporte público de la región. El ejercicio de desobediencia civil tuvo un efecto colateral inesperado, pues catapultó a la fama a Martin Luther King. También allí, en Alabama, el joven abanderó una histórica manifestación el 7 de marzo de 1965. La marcha, prevista desde la ciudad de Selma hasta la de Montgomery, terminó de forma violenta cuando las fuerzas policiales cargaron contra decenas de afroamericanos congregados en el puente Edmund Pettus.

Aquel «domingo sangriento», como se conoce la fecha desde entonces, se hirió a numerosas personas. La cicatriz también comenzó a tejerse en Selma, al oeste de la capital, cuando las manifestaciones impulsadas por Martin Luther King propiciaron un cambio histórico que terminó con el reconocimiento del derecho al voto de las personas negras. Cruzar el puente significaba marchar sobre el río Alabama con destino a la capital; cruzar el puente era solo el primer paso. Luego llegaron muchos más a favor de los derechos civiles, la igualdad y la lucha contra la discriminación.

Alabama continuó siendo testigo excepcional de históricos movimientos durante el siglo xx que permitieron trascender el tiempo y el espacio. De hecho, treinta años después, un suceso anecdótico en un campamento juvenil sembró una semilla que germinaría más adelante. En 1997, Tarana Burke trabajaba como activista ayudando a chicas adolescentes. La mayoría de ellas procedían de familias afroamericanas que, pese a la lucha incesante de Rosa Parks y Martin Luther King, seguían sufriendo la discriminación, el estigma y la pobreza.

Una de aquellas muchachas, apodada Heaven, se acercó a Burke con la intención de confesarle algo íntimo. Probablemente, lo más

personal y duro que puede vivir alguien con solo trece años: su padrastro abusaba de ella. En apenas unos minutos, la joven le contó el horror que vivía en casa. Un horror que enmudeció a Burke, que apenas pudo musitar unas palabras para aconsejarle que buscara ayuda en alguna otra persona del campamento.

Tarana Burke jamás olvidó el rostro de aquella niña. Y tampoco la mueca de decepción que esta mostró al comprender que la persona adulta a quien había confiado su situación se negaba a ayudarla. Heaven, una superviviente, había reunido la fuerza y el coraje suficientes como para asumir lo ocurrido y contarlo. Y entonces Burke solo pudo pensar: «Yo también». Pues la activista también había sufrido abusos durante su infancia. Sin embargo, en aquel momento no supo usar su experiencia para ayudar a Heaven. «Me horrorizaron sus palabras. Escuché hasta que literalmente no pude más. No estaba lista», aseguró Burke años después.

La grieta abierta en aquel campamento de Alabama tardó en cerrarse. Fue como un goteo de agua que cae incesantemente sobre el suelo y, con el transcurso de los años, acaba erosionando por completo la superficie. Algo así ocurrió con el movimiento #MeToo (#YoTambién). Aquellas palabras que resonaron en la cabeza de Burke se convirtieron en la primera gota de agua. Luego vendrían todas las demás.

En una posterior visita a Alabama, la activista contó que aquella charla, de apenas cinco minutos, cambió por completo su vida. No le gustó cómo ella misma había abordado la situación, ni la falta de empatía que mostró ante el relato de la niña: «Vi decepción en sus ojos, tal vez un poco de tristeza. Y, aun así, no me bastó como para decir: “Espera, solo quiero contarte que esto me pasó a mí también”».

Una década más tarde, cuando por fin logró procesar lo ocurrido, decidió que tenía que apoyar a otras víctimas. Para ello, comenzó a trabajar a favor de un movimiento que pudiera tender la mano a mujeres como Heaven para que no sintieran el bofetón del desamparo.

Así fue cómo nació Just Be, una organización de apoyo a supervivientes de violencia sexual.

Fue allí, en Alabama, donde se construyó el cohete que hizo tambalear los alrededores de Cabo Cañaveral. Fue allí, en Alabama, donde una mujer se negó a levantarse de su asiento. Fue allí, en Alabama, donde miles de personas decidieron emprender su andadura para cruzar un puente y atravesar un río. Y fue allí, en Alabama, donde comenzó un movimiento que, de nuevo, busca luchar a favor de la igualdad y terminar con décadas de discriminación. Allí surgió una gran ola que arrastró a miles de personas en todo el mundo a decir: «Ya basta».

Lo que parecía un movimiento ciudadano de reducida trascendencia pronto se convirtió en un fenómeno sin precedentes gracias a las redes sociales. El 15 de octubre de 2017, la actriz Alyssa Milano publicó un mensaje en su cuenta personal de Twitter que se viralizó con rapidez: «Si has sufrido acoso o abusos sexuales, escribe “yo también” como respuesta a este tuit». La estadounidense sugirió que estas dos palabras podrían servir para concienciar sobre la magnitud de un problema que había llegado a la opinión pública a través del caso Weinstein.

En octubre de 2017, dos investigaciones periodísticas publicadas por *The New York Times* y *The New Yorker* acusaron a un poderoso magnate de Hollywood, Harvey Weinstein, de haber cometido acoso sexual contra varias mujeres a lo largo de su carrera. Diversas actrices, entre las que se encontraban Rose McGowan, Ashley Judd y otras que prefirieron mantener el anonimato, denunciaron que el famoso productor cinematográfico las había acosado sexualmente. El escándalo fue mayúsculo debido al estatus profesional de Weinstein, ganador de un premio Óscar en 1999 y que había trabajado en películas como *Pulp Fiction* o *Shakespeare in Love*. Tiempo después de aquellas acusaciones, resultó condenado por delito sexual en primer grado y violación.

Cuando Alyssa Milano alzó su voz en las redes sociales contra la violencia sexual, invisibilizada durante décadas en la meca del cine, la actriz desconocía lo sucedido en Alabama. Tampoco sabía quién era Tarana Burke, que durante años había impulsado programas dirigidos a adolescentes y jóvenes para prevenir problemas relacionados con el acoso, el abuso y la agresión sexual. La rápida difusión del mensaje de la actriz en las redes sociales conectó una silenciosa historia con el escarapate de la promoción pública. Y aquel «Yo también» que se dijo Burke durante su fugaz conversación con Heaven en Alabama pronto rompió el silencio. Un silencio que acabó en grito atronador.

El enorme impacto del mensaje publicado por Alyssa Milano en Twitter se tradujo en que, un año después, la etiqueta #MeToo se había utilizado en diecinueve millones de ocasiones, según los datos recabados por el centro de encuestas Pew Research de Estados Unidos. Es decir, la expresión había alcanzado una media superior a los 55 000 usos diarios. En 2018, se reconoció con el Premio Pulitzer de Periodismo el trabajo de Jodi Kantor y Megan Twohey (*The New York Times*) y de Ronan Farrow (*The New Yorker*) por la cobertura informativa sobre el escándalo Weinstein. Aquello supuso solo el principio.

Pese a que, inicialmente, Tarana Burke era una figura anónima, el movimiento #MeToo también reconoció el trabajo pionero que había realizado para ayudar a las víctimas y prevenir más casos. Y esta gratitud no tardó en extenderse fuera del colectivo. En 2017, la revista *Time* la nombró persona del año por su labor en la ayuda y defensa de las víctimas. Según comentó Burke en una charla TEDx, el #MeToo se ha convertido en «un movimiento de supervivientes y defensores que hacen cosas grandes y pequeñas cada día». De supervivientes como Heaven y de defensores como la propia Burke.

Como el cohete que despegó con destino la Luna, el movimiento #MeToo ha hecho tambalear el suelo de lo que, hasta épocas recientes, se consideraba civilizado. Su impacto ha visibilizado situaciones que, por desgracia, se han mantenido en secreto durante décadas. Se

trataba de comportamientos sobre los que, salvo excepciones, se hacía la vista gorda, pese a haber afectado a miles de personas de todo el mundo. Su origen nace en un contexto de abuso de poder que ha amparado a quienes agreden e invisibilizado a las víctimas, sin olvidar el silencio cómplice del resto de la ciudadanía.

La sociedad ha dicho «basta». En palabras de Burke, el objetivo del #MeToo no es otro que «cambiar de forma drástica la cultura que propaga la idea de que la vulnerabilidad es sinónimo de permiso». Como explicaba el periodista Pepe Cervera (@Retiario), el movimiento ha «sacado a la luz los muchos casos de trato desigual, acoso e incluso abuso hacia las mujeres que se producen en casi cualquier ámbito profesional». La ciencia no es ajena a estos problemas.

En 2018, el Instituto Tecnológico de Massachusetts concedió el Premio MIT a la Desobediencia a Tarana Burke. El galardón reconoció el trabajo a favor de la resistencia civil de carácter ético y pacífico realizado por la activista. Una labor que, como ya sucedió con Rosa Parks y Martin Luther King, tuvo como epicentro el estado de Alabama, aunque poco después se expandió por otras muchas partes del mundo. Junto a Burke, se premió a Sherry Marts¹ por su compromiso al introducir el #MeToo en el mundo de la ciencia.

1. En 2018, el MIT Media Lab reconoció a Tarana Burke, Sherry Marts y BethAnn McLaughlin. Sin embargo, en agosto de 2020, la institución decidió retirarle el premio a McLaughlin debido a que la investigadora había protagonizado un comportamiento «poco ético»: había creado una cuenta falsa de Twitter a nombre de una científica ficticia que declaraba haber sido víctima de acoso sexual y, posteriormente, haber contraído la COVID-19. McLaughlin reconoció el engaño a través de su abogado, según publicó *The New York Times*. Varias impulsoras del movimiento #MeToo en el ámbito académico también acabaron denunciando las conductas abusivas de McLaughlin hacia otras integrantes del colectivo.

El agua que comenzó a gotear tímidamente gracias a Tarana Burke ha acabado por erosionar conductas reprobables. A semejanza del cohete construido en Alabama, el #MeToo ha hecho tambalear los cimientos de lo tolerado durante décadas, comportamientos que hasta épocas recientes eran ignorados por acción u omisión. Al dar voz a las supervivientes de estas conductas, el #MeToo ha creado conciencia sobre una realidad silenciada durante años. Su llegada al mundo de la ciencia promete visibilizar situaciones que han afectado a cientos de personas en todo el mundo y poner en marcha medidas que ayuden a prevenir y sancionar problemas como el acoso, el abuso y la agresión sexual. ¿El objetivo? Que nunca más una expresión de «Yo también», como la proferida en Alabama, se quede en un pensamiento mudo.

**«El #MeToo
ha hecho
tambalearse los
cimientos de lo
tolerado durante
décadas».**